

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Traspasando los límites naturales de su legítima libertad, háse despeñado la filosofía en los abismos de lo absurdo. Codiciosa de romper estrepitosamente con la antigua sabiduría, y exaltada por el vertiginoso afán de crear una *ciencia nueva*, no hay principio, lo propio en el orden intelectual que en el orden moral, que no haya violado escandalosamente, ó que no haya envuelto en las tinieblas de un mortal escepticismo. Causa y efecto, á un mismo tiempo, de este insensato agravio á la razón y á la dignidad humanas son los estragos que hoy padece el mundo en todas las esferas de la humana actividad, y que tan fúnebre sello imprimen á la edad presente.

Progresando este daño universal, ha llegado á punto en que, adunado el instinto de los buenos con la reflexión de los que además son perspicaces, han visto necesario consagrar sus esfuerzos comunes á señalar las causas íntimas del mal y á proponer los remedios. Total había sido la demolición de los principios fundamentales, y total tenía que ser su reconstrucción si había de producir un efecto adecuado. En esta obra de reconstrucción el procedimiento debía ser inverso del que los demolidores habían seguido. Despreciando éstos la antigua máxima *inventis addere*, ley primaria de todo progreso, fué todo su afán *inventar principios*; y en lugar de deducir de las eternas leyes del ser y del conocer aquellas aplicaciones que perpétuamente fecundaran el inagotable campo de las respectivas ciencias que tienen por objeto á Dios, al mundo y al hombre, ora por medio

de síntesis arbitrarias confundieron deplorablemente aquellos dos supuestos necesarios de toda especulación como de toda aplicación científica; ora por medio de análisis, no menos arbitrarias, los dividieron hasta destruir entre ellos toda especie de vínculo y relación. La fé, la moral, la ciencia quedaron sin base; y en el orden teórico, lo propio que en el orden práctico, la razón y la conciencia humanas ó fueron subyugadas por la bárbara tiranía de los hechos desnudos, ó se disiparon en abstracciones tan ajenas á la realidad de las cosas, como forzosamente habían de serlo á la moralidad de los actos.

¿Qué había, pues, que hacer á vista de tan universal estrago? Vindicar los fueros del sentido comun, *ad prima principia redire*; buscar en la antigua sabiduría aquellos axiomas debidos al uso legítimo de la razón y á la experiencia de los siglos, y enunciarlos tales como purgados de errores, y ampliados y fecundados por la fé, los diseminaron en el campo de todas las ciencias aquellos grandes maestros cuya cadena gloriosa tiene por eslabon central á Santo Tomás de Aquino, y por remate quizás al español Suarez.

Si: era necesario reconstruir el edificio sobre los únicos cimientos que podían darle solidez: era necesario seguir la dirección de esos cimientos para que el edificio fuese reconstruido con unidad; y lo único que podía, que debía quizás ser permitido á los reconstructores, era despojarle de tal cual accidente que acaso le sobrecargaba en su primitiva estructura, y disponer su fortaleza de modo que desde ella se pudiera embestir y derribar las mezquinas construcciones que el error moderno había levantado en derredor de sus fosos y al pié de sus ruinas.

Era necesario, digámoslo sin figuras, acudir francamente á la *filosofía escolástica*; desafiar valerosamente la mal segura mueca de desden con que la empresa había de

ser saludada por preocupados y malévolos, y á despecho de su irritado orgullo, decirles muy en alta voz: «Debajo de esas fórmulas consagradas por el respeto de largos siglos de asombrosas especulaciones; debajo de esas fórmulas que vosotros llamais *bárbaras* solo porque no las entendeis, y que os son antipáticas porque lo poco que entendeis de ellas acusa de muerte vuestra ignorancia ó vuestra malicia; debajo de esas fórmulas, que pueden algunas ser, os lo concedemos, minuciosas, antiretóricas quizás (nunca tan extravagantemente bárbaras como vuestra flamante jerga filosófesca), están enunciadas con admirable precisión y clasificadas con distinción agudísima las verdaderas leyes del sér y del conocimiento del sér, constituyendo por ende la única filosofía que puede engendrar, como ha engendrado en los siglos anteriores, verdadera ciencia del hombre, verdadera ciencia social, verdadera ciencia del derecho; verdadera ciencia, en fin, de aquella unidad sin la cual los hechos mismos, materia propia de las ciencias físicas, no son más que montones informes y cuerpos sin alma».

Valor fué menester para proclamar la necesidad de esta obra de restauración, y más valor aun para realizarla. Pero hubo quien tuviese el uno y el otro. Escribiendo como escribimos el prólogo de un *COMPENDIO*, sería desproporcionado, bien que no inoportuno, trazar la historia de los ensayos recientemente hechos para realizar aquella grande obra. Bástenos recordar con el debido encarecimiento la grande, quizás la máxima parte que en tan saludable tentativa han puesto los sábios y piadosos redactores de *LA CIVILTÁ CATTOLICA*, conocida Revista publicada en Roma, cerca de veinte años ha, por ilustres miembros de la Compañía de Jesús. Allí sin duda ha recibido su mejor y más fecundo impulso este movimiento hácia la restauración de la filosofía escolástica: Europa conoce ya y admira los trabajos de esta índole que en el orden especulativo han he-

cho los Padres PIANCIANI y LIBERATORE, así como los que en el orden práctico debe el mundo católico al P. TAPARELLI, autor del inmortal *Saggio teoretico di Diritto Naturale*, y los que con aplicación á la oratoria sagrada acaba de hacer el P. CURCI en el magnífico Cuaresmal recién publicado en Roma como libro, bajo el título: *La Natura e la Grazia*.

Cito con especialidad únicamente estos trabajos y autores, no solo porque me parecen los más notables entre los que han inaugurado la restauración de la filosofía escolástica, sino porque es justo decir que á Italia en general, y en particular á Roma, debe hoy el mundo este gran beneficio, que ya comienza á ser apreciado y gustado en otras naciones de Europa.

Y de Italia, en efecto, siguen partiendo las grandes iniciativas acerca de este punto. Mientras aparecían en Roma los trabajos inaugurales arriba citados, elaborábase en Nápoles la grandiosa compilación, todavía pendiente, del Canónigo D. CAYETANO SANSEVERINO, titulada: *Philosophia Christiana cum antiqua et nova comparata*; obra que, como hemos dicho, no se ha terminado todavía, y ya es con justicia admiración del mundo filosófico. Colaborador asociado á SANSEVERINO para llevar á cabo tan importante empresa tiene la honra de ser el Presbítero José PRISCO, autor de la presente obra, que traducida ofrecemos al público español. En una advertencia puesta por su autor al frente del primer tomo dice lo que sigue:

«Al dar á la estampa este libro, sea él como quiera, que merced, sin duda, no á su valor intrínseco, sino á las doctrinas que expone, ha merecido del público italiano y extranjero tan benigno favor, debo decir cómo y por qué le he escrito.

»Colaborando en la insigne obra del Canónigo D. CAYETANO SANSEVERINO (la ántes citada), tuve ocasión de es-

»tudiar con cierta amplitud las doctrinas filosóficas de los escolásticos, señaladamente de SANTO TOMÁS DE AQUINO, y de ver la gran ventaja que llevan á las doctrinas filosóficas de los tiempos modernos. Inclinado como soy por naturaleza á la enseñanza, punzábame la necesidad de dar á mis jóvenes alumnos un libro elemental, informado de los principios filosóficos de los escolásticos, y que fuese en sustancia un compendio de la mencionada obra de SANSEVERINO. Pero desgraciadamente ésta se hallaba lejos de terminarse, y esto me detenía en el poner mano á mi tarea. Sin embargo, cuando ya los estudios hechos con SANSEVERINO para colaborar en su obra me habían puesto en estado de incluir en la mía aquellas partes que aún no se habían publicado en la de mi maestro, me resolví á dar á luz estos mis *Elementos de Filosofía*.

»Gracias, repito, al favor con que mi libro fué recibido, no solo en Italia, sino en Francia, agotóse en pocos años su primera edición, y tuve que hacer esta otra, en la cual he corregido notablemente aquélla, sobre todo á fin de darla más adecuada para la enseñanza elemental. Me atrevo á esperar que los amantes de la ciencia filosófica acogerán esta segunda edición con la misma benevolencia que honraron la primera».

Repitiendo, en la parte que á mí toca, estas últimas palabras del autor de la presente obra, me atrevo también á esperar que el público español comprenda y se digne estimar el fin que me mueve al traducirla.

Por de pronto, acerca de la obra puedo decir yo lo que la modestia del autor no le permite decir. Al efecto, supliré lo escaso de mi autoridad con dos testimonios, juntos en uno, que ciertamente no desdeñará el lector. En la citada CIVILTÁ CATTOLICA (Série V, tomo XI, página 575) examinase la obra cuya traducción ofrecemos, y dícese de ella lo siguiente:

«Este curso filosófico, redactado por el profesor José PRISCO, goza de un mérito inestimable. Es la esencia de profundas elucubraciones, y fruto de largos estudios hechos sobre las inmortales obras de SANTO TOMÁS y de los demás Doctores escolásticos. Para dar á entender su idea y su valía basta referir las palabras que el Canónigo SANSEVERINO (de quien PRISCO ha sido discípulo y hoy es colega) dirige al lector en el principio del primer tomo. «Trabajando, dice, desde largo tiempo ha en mis investigaciones de Lógica y Metafísica, que por los principios á que reducen la filosofía especulativa, intitulo *Philosophia Christiana cum antiqua et nova comparata*, dolíame grandemente que la juventud estudiosa no pudiera todavía aprovecharse de mis tareas á causa de necesitarse aún largo tiempo para que estuviesen publicadas en todas sus partes con la amplitud que exigen. Con este motivo ocurrióme anticipar un compendio de mi obra redactado en lengua vulgar, y tal es el que aparece ahora distribuido en dos tomos, debido á la perspicaz inteligencia y fácil pluma del jóven profesor y sacerdote napolitano D. JOSÉ PRISCO, el cual ha compendiado con grande acierto las teorías que con mayor extensión expongo yo en mi dicha obra, y ha suplido las partes de ella no publicadas todavía, utilizando al efecto los estudios que para compilar la mencionada obra lata está haciendo conmigo sobre la filosofía de los escolásticos, y señaladamente de SANTO TOMÁS, comparada con las doctrinas de los filósofos antiguos y modernos. Espero confiado que los cultivadores de las ciencias filosóficas acogerán estos *Elementos* del jóven profesor con la misma benevolencia que dispensarian á mis publicaciones filosóficas, informadas de los mismos principios, y que Aquel que desde el cielo *da incremento* á las obras de los hombres, convertirá esta publicacion en provecho de sus lectores».

Sigue LA CIVILTÁ analizando el libro de PRISCO, y des-

pues de decir en general, «que todas y cada una de las materias en él tratadas corresponden á una educacion plena y completa de los jóvenes en todo cuanto dice relacion á la parte especulativa de la ciencia filosófica», continúa exponiendo por menor las principales dotes de la obra, y las enuncia del siguiente modo:

«I. El orden superiormente adecuado para la enseñanza, consistente en proceder siempre de lo conocido á lo desconocido, y de lo general á lo particular. II. La claridad de exposicion, la cual es tan acabada, que no hay materia, por difícil que sea, que no ponga al alcance de la tierna inteligencia de los jóvenes. III. La bien entendida combinacion de la parte histórica de la filosofía con la didascálica y la polémica. IV. La solidez de las demostraciones, que indudablemente se llevan tras sí el asenso del entendimiento. V. Pero lo que sobre todo recomienda esta obra, es lo exacta y completamente entendidas que en ella están las doctrinas del Doctor Angélico, y de todos los demás principales Maestros de la Escuela Católica. Hemos examinado con especial atencion, por lo que á este punto toca, los dos tomos de que la obra de PRISCO se compone, y podemos asegurar á sus lectores que en todas y cada una de las materias en ella tratadas, hallarán la verdadera y genuina doctrina de aquellos grandes Maestros. Y aun encontramos otro mérito nada comun en este género de instituciones elementales, y es, que en la de que hablamos no solamente se ve demostradas en sí mismas las doctrinas de los grandes Maestros, sino además cotejadas siempre con las de los más célebres filósofos, anteriores y posteriores á la Escolástica, y dispuestas magistralmente para que esta comparacion resulte provechosa; de manera que el jóven alumno, al mismo tiempo que adquiere sólida y sana doctrina, sale instruido ámpliamente en la historia de los varios sistemas, y adiestrado en consecuencia para sostener

»la verdad contra los innumerables embates de la falacia». (CIVILTÁ CATTOLICA, lugar citado, páginas 576-577).

Entra, por último, el autor de esta crítica (se me figura que es el ilustre P. LIBERATORE) á notar lo que juzga digno de censura en la obra de PRISCO, y despues de no hallar otra cosa sino impropiedad en el uso de un vocablo (a), concluye así:

«Como se ve, esta sola y levisima censura respecto del uso de un vocablo, que al fin y al cabo es materia libre, no constituye entre nosotros y el eminente profesor PRISCO disidencia alguna importante; y solo hemos querido notarla por hacer patente que si algo hubiéramos hallado en su libro digno de reprobacion, lo habríamos mencionado con entera franqueza. Pero la verdad es que en todo el resto de la obra nada hemos hallado sino mucho que admirar y que alabar. El trabajo de PRISCO es un señaladísimo servicio á la ciencia, y nosotros le creemos de tal importancia, que no ya le tenemos por inmensamente útil á la juventud estudiosa, sino á los mismos profesores de filosofía». (Ibidem, pp. 580-581.)

Nada añadiré yo á votos tan competentes y en todos conceptos tan honrosos. Desde que hube leído esta crítica de la CIVILTÁ, anhelé conocer la obra de PRISCO; cuando ya la hube conocido, me pareció obligacion hasta de conciencia el vulgarizarla en castellano, y entregarla á la admiracion del público español, al estudio de los Profesores de Filosofía, y sobre todo al de los jóvenes escolares, de cuya inexperta inteligencia se está abusando tan cruelmente, como por desgracia es notorio, en esto de la enseñanza filosófica.

He creído que, pues el incalculable daño del perverso

(a) En el lugar correspondiente pondremos, por vía de nota, esta censura de la CIVILTÁ.

filosofismo flamante ha tomado vez en nuestra enseñanza universitaria, nada más oportuno ni urgente podría hacerse que proporcionar á nuestra juventud estudiosa una triaca proporcionada al veneno de que se la está imbuyendo con escandalosa impunidad y con imprevisión deplorable.

He querido, por otra parte, merecer la porcion de honra que me toque en ser de los primeros á propagar este gran movimiento científico hácia la única filosofía sana y sólida, tan propagado ya en otras naciones, que así como se adelantan á la nuestra en el mal (de lo cual nos felicitamos), se nos adelantan mucho igualmente en el bien (de lo cual nos dolemos con toda el alma). Y muy cordialmente doy gracias á Dios de la dichosa combinacion de circunstancias que me proporcionan tomar parte en la propagacion de ese movimiento con una obra que en su género, es decir, como elemental, me parece ser coronacion de la gran empresa. Espero ser entendido, y no desconfío de ser auxiliado.

Respecto á mi traduccion, única parte que verdaderamente me toca en esta empresa, poco diré, cabalmente por ser asunto solo mío. Era mi principal empeño procurar que las dotes extrínsecas del original nada perdiesen en mi traduccion: ni la claridad en la exposicion, ni la precision en el lenguaje, ni la sobriedad en el estilo. Juzgábame tambien obligado á vencer la dificultad, no pequeña, de exponer una ciencia que, por un lado, no tiene modelos clásicos en lengua castellana, y que, por otro lado, está hoy siendo lastimoso asunto de la jerigonza más absurdamente bárbara que pudo ocurrir al gongorismo más disparatado en sus peores tiempos.

De cómo haya cumplido estos graves empeños, no soy yo juez; serálo el público ilustrado, de quien espero que me perdonará benigno defectos, por otra parte insignificantes, si se les compara al gran bien de poner en circulacion, como quiera que sea, esta clásica obra inaugural de

la restauracion científica, que á gritos están pidiendo las necesidades todas de nuestra España.

No me nieguen su auxilio los hombres sábios y de buena voluntad; no me nieguen sus consejos, sus advertencias, si es menester, sus censuras. Sincero amante de la verdad y del bien, necesito, sin embargo, quien me aliente á defender, como me es posible, tan santas cosas; que si el tiempo y el valor me ayudan, en pos del presente ensayo me arriesgaré, Dios mediante, á empresas análogas de mayor cuantía.

Madrid 14 de Febrero de 1866.

GAVINO TEJADO.

PROLEGÓMENOS

AL ESTUDIO

DE LA FILOSOFÍA.

I.

Introduccion.

«¿Cuál es en sustancia, y rigurosamente hablando, la cuestion »fundamental que embarga hoy los ánimos? Pues no es otra sino la »entablada entre los que admiten y los que no admiten un orden so- »brenatural, cierto y supremo, por más que sea impenetrable para »la humana razon. Si hemos de llamar con sus propios nombres las »cosas, esta y no otra es la cuestion que hoy se debate bajos las ban- »deras respectivas del *supernaturalismo* y del *racionalismo*. Militan en »la una los incrédulos, los panteistas, los escépticos y los raciona- »listas puros; en la otra los cristianos. De entre todos aquellos, ni »aun los más moderados dejan subsistente en el mundo otra cosa »más que *la estatua de Dios*, su imágen, su sombra; los segundos »creen en un Dios vivo».

Así se expresaba el protestante y docto repúblico Sr. Guizot (1).

¡ Jóvenes animosos! Tal es el problema fundamental de la ciencia, el palenque filosófico, el campo de batalla en que la ciencia, la Religion y el eminente Catolicismo de nuestra patria nos fuerzan á combatir. Para persuadiros de ello, permitidme bosquejaros los resultados de esta filosofia que, á partir de Descartes, lleva el nombre de *filosofía moderna*.

Desde que Descartes, en efecto, interrumpió la tradicion científica, y menospreció, ó afectó menospreciar la historia por hacer gala

(1) *Meditations et Études Morales*. Pref., p. II, 3.^a edicion.